

ENSAYO SOBRE LAS POESIAS DE MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

por ALBERTO NIN FRIAS

“Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio transcurren en inquietud febril; para los espíritus fecundos, ellas pasan brillantemente y a prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento.”

Pensamiento inédito de M.E.
Vaz Ferreira.

“Toma la lira y el plectro,
Ven a cantar los melancólicos versos,
.....

Esos que llegan al alma,
Esos que cantan los tristes
Que tienen sólo esperanzas...”

A la señora C. Nin de Lussich. Testimonio de lo mucho que aprecio su incomparable y maternal bondad, su elevada nobleza de sentimientos.

INTRODUCCION

La poetisa uruguaya de que me voy a ocupar, tiene como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética se resume en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poetisa enérgica: he aquí las dos fases que estudiaré.

I

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones o ideales de un alma poética, evoco, a pesar mío, a la autora en cuyos versos quisiera descifrar los *leit motiv* de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu: hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vaz Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen a un espíritu modernista, semeja a esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica, a lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien la “casta y pálida Selene” que daba luz a las danzas de los gnomos y hadas entre las brumas tenues del otoño.

Su primera poesía, “Las Ondinas”, asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, a los lagos germánicos, ha ido a buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen a reposar las ondinas ligeras, es de nuestro país: sugiere la Playa Ramírez. A menudo está allí, en verano, la poetisa, cuando “el sol se oculta en lo infinito (1),” al bajar el heleno Apolo a su mansión de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro e insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello.

Esto han dicho a María Eugenia Vaz Ferreira:

“Junto a la costa
Donde la arena tibia y plateada
Bañan las ondas,
Y los lucientes
Rayos primeros de la alborada
Brillan y mueren,
De entre la espuma
Surgen ligeras de las ondinias
Las raudas curvas
Y los informes
Trajes etéreos de hadas marinas,
Blancas visiones...”

Del mar abierto y el hondo cielo, grandes inspiradores, como escenario, pasamos con “Berceuse” a un salón que pertenece a casa donde se ama el divino arte de Beethoven. Para comprender este poemita tan original, debe saberse el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira para la música: es absolutamente dueña del piano y señora de una inspiración clásica. La he oído tocar sus propias composiciones, entre páginas de Chopin y Grieg, sintiendo hondo placer. Absorto, no dormido, como el héroe de “Berceuse”, he quedado. En oyéndola, me ha parecido comprenderla más: el modo suave y sereno de golpear las notas manifiesta la incurable displicencia, nostalgia de una belleza entrevista. Se siente aquí que si en la vida social muestra indiferencia y una tendencia a considerar su espíritu cual una hoja al viento —*como le foglie*— conserva su energía para las obras de arte que afirman fuerza y vigor. ¡Qué armónicos, cuán fáciles se leen y se siente estos versos!

Era de noche; yo tocaba
Una *berceuse* de Chopin,
Y aun sin mirarlo bien sentía
Fijos en mí los ojos de él.

¡Cuánto, Dios mío, no amamos
Cuando escuchábamos los dos
Aquella rítmica armonía
Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé porqué olvidaba
De su presencia aquella vez,
Todas las fuerzas de mi espíritu
En la *berceuse* concentré.

La repetí dos y tres veces;
Siempre *pianísimo* el compás,
Yo lo llevaba muy despacio,
Muy cadencioso, muy igual...

Cuando después que hube concluido
Volví los ojos hacia él,
Hallé los suyos ya cerrados;
Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento
Hizo a mis labios sonreír
Al verlo tan serenamente
Adormecido junto a mí...

¿Fue real su sueño? ¿fue un elogio?
Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
Que yo me dije sin despecho:
Fui más artista que mujer."

El poema siguiente, "Invernal", es admirable como naturalidad y fluidez:

"El viento hace crujir sobre la arena
Las hojas amarillas;
Sobre las ondas turbias del arroyo
Los sauces melancólicos se inclinan..."

Llegamos por fin a la poesía que me hizo considerar a María Eugenia Vaz Ferreira como gran poetisa; después de leer: "yo quisiera saber lo que pasa en su mente", brotó la simpatía que consagra este estudio. Encuentro en esa poesía un estilo vigoroso, a que poco nos acostumbran nuestros poetas, una poderosa sugestión que hace leer y releer. Me trae vagos recuerdos de las poetisas inglesas Elizabeth Barret Browning y Felicia Hemans, que tanto amo. La ruta trazada por esta poesía de forma invocativa y vibrante, en que palpita la vida de las pasiones nobles, aconsejaría siguiéranla los jóvenes vates: sólo a la inspiración individualísima, a la manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Esta y aquella poesía que comienza:

"Ven tú que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza",

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología, creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente; ante él, que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente a una esfinge llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve, la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber dicta las siguientes estrofas:

"Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
Cuando cruza el tropel de los raros hechizos,
El que agita y alumbra tu pálida frente
Coronada de negros e indómitos rizos;

Cuando enciéndese y brota la chispa febea
Con que sella su imagen tu anhelo gigante;
Cuando nace y profunda germina la idea,
la que vence y sacude tu sien palpitante;

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime
Con sus ansias secretas un alma que piensa,
Y el aliento febril que en tus labios reprime
La palabra que muere en tu boca suspensa.

.....
.....
Yo quisiera mirar el destello radiante
De ese extraño fulgor que en tus ojos oscila,
E impregnarme de luz y vibrar un instante
En el brillo inmortal de tu negra pupila”.

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero. Leedla,
lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mujer intelectual.

Ven tú, que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza...
Tú que marchas tan firme por la vida,
Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú, que puedes sentir las alegrías
Serenos, sin angustias; tú, que esperas
Que vuelva tras las sombras del invierno
El sol de las alegres primaveras...

Tú, que si me haces ver que no me amas,
La obcecada visión del bien perdido,
Me das de tu constancia la promesa
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si a pesar de la razón yo dudo
Y ves pasar angustias por mi frente,
Con amable y solícita ternura
Me vienes a pulsar, tranquilamente...

El reino de la super-mujer vendrá.

II

POESIAS SOBRE LA NATURALEZA

A la “virgen Primavera” (1) dirige este canto triunfal:

“Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños
.....
...Tú, que serenadas las aguas claras como cristales...
.....
...Y desparramas el rubio trigo sobre el tejado
Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
Y se lo ofreces a las torcazas seco y dorado.
Para que tejan el dulce nido de sus amores...”

(1) Frase de un verso de Rafael Obligado.

Y de esta suerte ascendente en bellezas y elogios, sigue invocando la estación de la esperanza, hasta compararla con la primavera de los amores. Obsérvase que toda pintura tan fiel de la primavera sirve para precisar por comparaciones la hermosura de un sentimiento. Este procedimiento poético lo emplea en muchas otras poesías a la Natura. En otra, pinta al crepúsculo, terminando con esta reflexión moral:

“Tras la distancia se ocultó la lumbre
Que hizo brillar unas pupilas negras,
Y una vida se apaga poco a poco,
Marchita por las sombras y las penas.”

En el poemita XIV vuelve la poetisa a las “blancas visiones”, a sus *ondinas* queridas que la llevan por el mar fascinador.

Un vivo sentimiento de la poesía natural sugiere “Las Selvas”. La vida primitiva, nómade, fascina a nuestra autora; la selva con sus indescriptibles bellezas, sus pendientes onduladas, orladas de árboles gigantes, las vistas que se extienden al través del follaje entrelazado, la voz del infinito que entona ese verde de vida de los prados salvajes, la emoción que enciende el silencio augusto y vital de los grandes bosques, — todo ese sublime natural es más que el salón con su luz artificial, el ambiente que ama María Eugenia Vaz Ferreira, y por ello lo canta tan sentidamente.

Escuchad estas estrofas, si no es cierto lo que digo:

“Me voy a las incógnitas praderas,
A las vegas desiertas y remotas
Donde son las alegres primaveras
Un caos de relámpagos y notas.
.....
...Donde retrata el sol sus iris vivos
En las gotas que el céfiro desfloca,
Y en que moja la flor de los ceibos
La púrpura sedienta de su boca.
.....
Donde pueda vagar eternamente
Por las selvas incultas y olorosas,
Con los rizos al aire y con la frente
Coronada de pámpanos y rosas.”

Después de la selva, admira el jardín “pomposo de colores,” donde “pasa la tarde suavemente inmensa.” Allí “hay luz, hay cantos y una dulce visión de primavera.”

Luego compara al jardín, el alma abierta a las sensaciones.

En “Mis flores” pasa revista a su jardín para escoger sus favoritas:

“Mis flores son las que brotan de un hondo surco terroso
Cuando las ojeras cava la fiebre fecunda y fuerte;
Esas son las flores pardas de perfume acre y sabroso
Que engendra el mal de la vida para ofrenda de la muerte.”

Hay algo de la excentricidad *baudeleriana* en esta estrofa fuerte; el sentimiento extraño que delata, ha hecho decir a la poetisa: "entre lo raro y lo bello, prefiero lo raro". Este pensamiento es una de las avenidas que conducen a su espíritu nostálgico.

III

POESIAS EROTICAS

"Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestra afeción."

EMERSON.

La música de Grieg, notablemente su "Poeme Erotique", es la que mejor conviene asimilar a estas poesías de "un amor alemán que no han sentido los alemanes." ¿Quién puede escapar a los *deslumbramientos del amor*? A todos roza el divino sentimiento y a todos deja, como a la rubia Psiquis, abandonados y amargamente tristes.

Veamos lo que nos cuenta del país etéreo de Cupido nuestra poetisa, a la vez tan sensible y tan marmórea.

"Triunfal" e "Invicta" son las huellas sentimentales de escenas de la vida del corazón. En "Triunfal", Cupido, alegre y victorioso, parece desplegar, cual colibrí, sus alas encantadas, que, a poco, recostado grácilmente sobre el olímpico césped, le ha ceñido la divina Afrodita. Canta la poetisa:

"...Al bardo de rimas aurorales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente."

En todas las estrofas imprime el amor su sello vigoroso y pasional, hasta esta invitación suprema:

"Vamos los dos a desatar el vuelo
De nuestras anchas y potentes alas
Hacia el confín donde despliegue el cielo
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte
De los clarines en vibrante coro,
Dando la diana del amor despierte
Nuestros sueños de púrpura y de oro.
.....

Yo haré latir tus fibras más sensibles
Con mis hondas y ardientes fantasías,
Y me darás en versos vigorosos
De tu voz las soberbias melodías.
.....

Y encendiendo los mustios arreboles
Con nuestros rayos fuertes y fecundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos."

Este poema de amor elevado, trae al recuerdo el afecto de la sublime Hipatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría: Apolo el divino; es un amor casi místico concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas hecho mortal.

De "Invicta" los versos gallardos y fibrosos he leído y releído a menudo en voz alta. ¡Qué altivez displicente hay en la heroína; qué serenidad de las altas cumbres en sus ideas; qué helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oídla responder augusta, la frente alta, aunque transparenta infinitos pesares, la actitud erguida de principesca bravura, a su solícito galán y señor por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

"Sé que eres fuerte, poderoso y bello
Como un soberbio gladiador romano;
Que de las glorias de inmortal destello
El cetro empuña tu gallarda mano;

Sé que tienes de rey la invicta fibra,
La voluntad espléndida y valiente;
Sé que el clarín que ante los héroes vibra,
Arrulla con sus cánticos tu frente;

Sé que tus ojos, de hondo poderío,
Como el llameante abismo están abiertos...
Sé que eres grande, indómito y bravío
Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
Que en tu visión de vencedor me avistas
A la lumbre del rayo que desata
La ruda tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía,
Ya me asestó sus flechas luminosas;
Ya ornar quisite mi Tebaida fría
Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente a su primer derrota;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que abrasas,
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarian tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienes
Marque el vigor de tu viril arrojó,
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes hinqúes en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje,
Suelta la garra en pos de tu quimera,
Como el león que acecha entre el bosque,
Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura,
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vuelos
De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas:
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas."

¿Hase oído en el Parnaso uruguayo nota más vibrante, canción más fluida y soberbiamente vigorosa y enérgica? Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz Ferreira a lo hondo de sí, a la suprema belleza de su inspiración. He ahí su real ruta al Ateneo, donde acaso, como Corina, será coronada un día.

De las otras poesías menores, éstos son los versos más hermosos:

"Perdida la esperanza
El ensueño perdido,
Soportaba la angustia
De mi agudo martirio."

"Ven y siéntate a mi lado
Que un sueño triste he tenido:
Pon mis manos en las tuyas
Como siempre, y dí, bien mío,
Alguna dulce palabra
Bien cerquita de mi oído."

Esto es hermoso, tiene el sentimiento acariciante que expresa, la suavidad, la ternura y la melancolía.

“Tú no sabes, tú no sabes
Lo que yo llevo guardado...
Y ayer, por reverenciarme,
El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
Cuando junto a mi pasaras,
¡Ay! en lugar del sombrero,
El corazón te quitaras!”

¡Que grito pasional encierran estas dos estrofas!
He aquí otra gemela de la anterior:

“En la desierta calle
Toda blanca del sol de mediodía,
Súbitamente un órgano desata
La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza a mi cuerpo
En vueltas locas, a la par que rítmicas;
Una angustia me oprime, es un sollozo:
¿Quién podrá consolar esta alegría?”

Los dos poemitas que siguen, pintan las angustias de una alma de novia:

“Me engañan, me engañan
Las avécitas de Enero
A golpear en mis cristales
Sus amorosos cantos vinieron.

Por favor, luz de mi vida,
No me dejes un momento,
Que sólo el bien de tus ojos
Contra mis angustias tengo...”

La poesía número XXIV encierra un pensamiento amable y luego una amargura terrible.

El número XXV, que pudiera muy bien llamarse: “Para siempre”, posee de “Invicta” la fibra de energía invencible que en cosas del arte ostenta la poetisa:

“Aunque los agudos dardos
Me claves de tus desdenes,
De tu luz seré la sombra
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
A cada paso que sigo,
Mi vida irá con la tuya
Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve no más como un fantasma
Tras el supremo deleite
Del amor y de la gloria,
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto,
Yo me volveré al olvido,
Y te guardarán mis brazos
Para siempre, para siempre, dueño mío.”

Esto es bellissimo, sentidísimo, para qué decirlo! Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo *eterno*. Ese “para siempre, para siempre, dueño mío.” suena como el compás de una “berceuse” infinita, eterna, que mientras exista la mujer repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía XXVIII es un canto flébil, en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos:

“Como chispas escapadas a algún astro
Que en la noche moribundas se perdieran,
De mi boca, sol de amores,
Encendido en tus pupilas cenicientas,
Van los besos a morir de tus cabellos
En la undosa noche negra.
Mas tú sigues inconsciente como el pico de las rocas
Que las aguas acarician con sus olas plañideras...
Como el lago en que doblado
Llora un sauce sus cadencias...
Como el ave fugitiva
Por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas;
Más tú sigues por la luz y por la sombra,
Por el duelo y por el fausto de su senda,
Inconsciente de los lauros
O el consuelo que te llevan
Esos hijos infelices
Engendrados en las horas de mis penas!
.....
Como chispas escapadas a algún astro
Que en la vida moribundas se perdieran,
De mi boca, sol de amores,
Encendido en tus pupilas cenicientas,
Van los besos a morir de tus cabellos
En la vasta noche negra...”

La misma Eva, de quien adivinamos el gran pesar, pudo escribir estos versos de profundo espíritu lírico:

“Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
Siento en el pobre corazón mío,
Grande y obscuro como el invierno,
Como el invierno triste y sombrío...”

Pasan las penas
Sobre mi alma triste y doliente,
Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas..."

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado aparecen en los versos XIX y XXXI:

"Grisés como las brumas del otoño
Son los ojos que tiene el dueño mío;
Hay algo en ellos, algo
Melancólicamente sugestivo..."

El otro es fácil y fluido, ático en su sencillez y dulcemente hondo en la idea:

"Era su canto melodioso y lento,
Era lleno de luz su pensamiento,
Su faz de soñador extraña y bella,
Y admiré su primor con la tranquila
Beatitud de una lánguida pupila
Que ve pasar una lejana estrella."

Diríase esta descripción en estilo noble y bello, el retrato de Marco Aurelio por Taine. Qué divina visión de un amor intenso, poético e ideal proyectan estas estrofas! Cantan a ese bien amado o amada con que todos soñamos mientras la sincera diosa Juventud besa nuestras frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en la selva encantada ese príncipe o princesa:

"En el deslumbramiento de mi vida
Por largo tiempo quedaré vencida,
Contemplativa, silenciosa y quieta;
Mientras que el oro electo de mi alma
Irà a posarse a modo de una palma
En su lírica frente de poeta."

Todo un drama del inquieto corazón representan estas líneas sinceras. Del fondo de un alma es este grito, por ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mostrar su amor y simpatía ciertas almas para quienes algo significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les asalta indecible amargura, y luego con la calma viene un recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento sutil y complejo existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores pasamos a la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

"¡Cómo baten, cómo baten sin cesar sus negras alas
De tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,
Mientras brillan encendidas sobre el jaspe de sus galas
Tus nostalgias infinitas y tus ansias pesarosas!

.....

Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera
Para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos;
Bébeme gota por gota la esencia, y haz que me muera
Bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos.”

Y con este verso cerramos la ventana por donde vimos el templo de amor que alzaba la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira. El es de silentes proporciones y le alumbra en toda su faz un puro rayo del infinito.